

**PROHIBIDA LA PUBLICACIÓN ANTES DE LAS
13H GMT DEL JUEVES 22 DE JUNIO DE 1995**

PRESS/15
22 de junio de 1995

**LOS MIEMBROS DEL SISTEMA MULTILATERAL DE COMERCIO
DE LA OMC DEBEN RESPETAR EL SISTEMA Y
USARLO CORRECTAMENTE, AFIRMA EL
DIRECTOR GENERAL RUGGIERO**

La seguridad mundial depende de la existencia de un sistema de comercio auténticamente global.

El sistema multilateral de comercio ha de hacer frente a muchos problemas y es fundamental que la Organización Mundial del Comercio, recientemente creada, siga contando con el apoyo activo de los mismos gobiernos que tanto se esforzaron por crearlo, afirmó hoy (22 de junio) el Sr. Renato Ruggiero, Director General de la OMC, en la Fundación Herbert Quandt, Bonn, Alemania.

El Sr. Ruggiero, quien pronunció una conferencia sobre el tema "Liberalización del comercio y el respeto del derecho en un mundo interdependiente", subrayó algunos de los importantes resultados cualitativos y cuantitativos de la Ronda Uruguay, pero al mismo tiempo puso de relieve que la aplicación plena y efectiva de los acuerdos es el primer banco de prueba de los compromisos asumidos por los gobiernos Miembros. Señaló que los miembros se encontraban ante dos prioridades inmediatas y cruciales: sus compromisos con las nuevas normas y procedimientos, especialmente los relativos a la solución de diferencias, ya que constituyen el substrato jurídico de todo el sistema multilateral de comercio; y las negociaciones sobre servicios financieros, ya que su fracaso podría dar lugar al debilitamiento del principio de no discriminación, elemento fundamental de todo el sistema.

"Corresponde a los miembros del sistema utilizarlo correctamente y respetarlo" -subrayó. "Está en juego, ante todo, la credibilidad de los compromisos que ellos mismos han asumido."

Refiriéndose al problema más amplio de la liberalización comercial, el Sr. Ruggiero destacó el objetivo de lograr que la OMC sea una organización auténticamente mundial integrando dentro del sistema a nuevos miembros, entre ellos, China y Rusia. "Ésta será la prueba de fuego de nuestro compromiso con la libertad comercial" -dijo. "La alternativa de mantener a estos países fuera del mercado mundial y al margen de las normas multilaterales es inconcebible si se quiere mantener una visión racional del futuro. El mundo sería un lugar mucho más peligroso."

Se adjunta el texto íntegro de la alocución del Sr. Ruggiero.

CONTINÚA

**La opción de la apertura:
La liberalización del comercio y el respeto
del derecho en un mundo interdependiente**

Discurso de

**Renato Ruggiero
Director General de la Organización Mundial del Comercio**

ante

la Fundación Herbert Quandt

Bonn

Jueves, 22 de junio de 1995

Ante todo, quiero dar las gracias a la Fundación Herbert Quandt y a mi buen amigo Horst Teltschik por invitarme a participar en un debate tan interesante.

Si me lo permiten, empezaré desarrollando una idea que no figura explícitamente en el programa. La cuestión fundamental a la que quiero referirme es la necesidad de mantener y ampliar la apertura de los mercados en la economía de hoy, global, y cada vez más integrada. Es ésta una necesidad tanto económica como política, y constituye la clave de la mayor parte de nuestras esperanzas en un futuro próspero y estable. Alemania desempeña un papel muy especial en el esfuerzo general de lograr que dicha necesidad se reconozca, y que se actúe en consecuencia. De un modo coherente, Alemania ha contribuido, dentro de Europa, a la integración y a la eliminación de barreras, y también ha contribuido, en gran medida, a que Europa mire más allá de sus fronteras, consciente de su compromiso con el mundo. Ahora, más que nunca, se necesita esta contribución.

El sistema multilateral, garantía de un medio comercial abierto, se enfrenta a numerosas dificultades; por ello, la recién creada OMC precisa del apoyo activo de aquellos países comerciales, como Alemania, que tanto contribuyeron a su creación.

El telón de fondo de mis argumentos es el mercado global, entendiendo por éste no una abstracción de los economistas, sino una realidad que nos toca vivir día a día. Vivimos inmersos en la economía global desde que nos levantamos por la mañana con la alarma de un despertador japonés fabricado en Malasia, nos ponemos un traje italiano confeccionado con lana de Australia y bebemos una taza de café de Colombia viendo un telediario estadounidense. Luego nos dirigimos, en un coche alemán (montado en Eslovaquia) a la oficina de una empresa multinacional instalada en un edificio diseñado por un arquitecto chino. El material de oficina que nos aguarda en nuestro despacho procede de Corea, Taiwán, los Estados Unidos y Europa, aunque, a veces, hay componentes de todos estos países en un solo aparato. Más tarde, comeremos, quizás, en un restaurante mexicano regentado por marroquíes, y, ya por la tarde, participaremos en una teleconferencia en la que entrarán en contacto varios sistemas nacionales de telecomunicaciones.

No es necesario que sigamos nuestro recorrido por la sauna finlandesa hasta nuestro futón japonés. El mensaje ha quedado claro, y cada día más, a medida que aumenta la interdependencia de las economías.

CONTINUÁ

Una buena parte del comercio ya no se ajusta al modelo de los libros de texto, según el cual los productos se fabrican en un país y después se transportan al país comprador. Muchas empresas fabrican los componentes en un país y después montan y terminan el producto en otro. La UNCTAD ha calculado que una tercera parte del comercio total se debe a transacciones internas dentro de las empresas. Además, para una empresa, la mejor manera de introducirse en un mercado extranjero consiste, normalmente, en abrir allí una sucursal; de no hacerlo, muchas empresas dedicadas a los servicios tendrían dificultades para vender sus productos en otro país.

La integración, motor de la economía global, adopta formas muy diversas -integración de empresas, de productos, de servicios y de procesos de producción- pero su manifestación más importante es la **integración de los países en desarrollo en la evolución económica**.

La participación del conjunto de los países en desarrollo en el comercio mundial ha aumentado enormemente en los últimos años. Se calcula que actualmente representan el 25 por ciento del comercio mundial, frente al 19 por ciento de hace 20 años y al 21 por ciento de hace 10 años. Es de destacar su creciente participación en el comercio mundial de productos manufacturados, que, en 10 años, se duplicó, alcanzando el 20 por ciento en 1993.

Entre 1980 y 1993, las 15 naciones más dinámicas desde el punto de vista comercial, en un análisis por países, eran países en desarrollo. La expansión de las exportaciones y las importaciones ha ido unida a una expansión económica cada vez más rápida. La región en desarrollo con un crecimiento económico más acusado ha sido Asia, cuyo PIB ha alcanzado en los últimos tres años un promedio del 8 por ciento.

Con el tiempo, los exportadores dinámicos se convierten también en importadores dinámicos. Buen ejemplo de ello es China que, en 1980, ocupaba las posiciones 29 y 21, respectivamente, en las listas de los principales exportadores e importadores del mundo, y el año pasado se situó en el undécimo puesto en ambas.

La plena participación de los países en desarrollo en el sistema de comercio multilateral es tan importante para su propio crecimiento económico como para el de las naciones industrializadas. Una muestra de que en este proceso están en juego los intereses de todos los países es el hecho de que, en 1994, Hong Kong, China, Singapur, Corea, México, Malasia, Tailandia, Brasil e Indonesia se encontraran entre los 25 principales exportadores del mundo, pero también entre los 25 mayores importadores. Serán, por tanto, los mercados emergentes de los países en desarrollo los que impulsarán el crecimiento mundial a través de las exportaciones.

El mercado global plantea a los Estados un dilema histórico: o abrir sus economías y aceptar el desafío de la competencia internacional, o replegarse en un proteccionismo nacional o regional, opción que algunos parecen desear. Para mí, y confío que también para la industria alemana, la mejor opción, sin ninguna duda, es optar por la apertura y por los regímenes comerciales liberales.

El futuro a corto y largo plazo de prácticamente todo cuanto nuestras sociedades valoran depende de nuestra capacidad de mantener un crecimiento económico sostenible. Una de las maneras verdaderamente seguras de estimular el crecimiento evitando la indeseable secuela de la inflación es intensificar el comercio. Ese es el objetivo de la Organización Mundial del Comercio: crear unas mejores condiciones de competencia en el comercio. No debemos olvidar que el comercio abierto no es un fin en sí mismo, sino un medio para lograr un fin: la creación de un sistema que permita un reparto más eficiente de los recursos, un mayor crecimiento y una mejora del nivel de vida.

CONTINÚA

La experiencia internacional de los últimos años demuestra que el comercio ha sido la punta de lanza de la evolución de la economía mundial: el comercio moderó la recesión mundial a partir de 1989 y ahora está fomentando la recuperación. Así, en 1994 se produjo una gran expansión del comercio internacional; el volumen de las exportaciones mundiales aumentó un 9 por ciento, dos veces más que en 1993. Asimismo, aumentó el ritmo de crecimiento de la producción mundial (3,5 por ciento), pero siempre por debajo del crecimiento del comercio. El hecho de que el comercio crezca más deprisa que la producción es una prueba de la integración continua de las economías nacionales. El crecimiento económico de los países depende cada vez más de los mercados exteriores, pues el mercado interior ya no basta.

El comercio fomenta el crecimiento de muchas maneras: promoviendo una mayor especialización; haciendo posible la realización de ventajas comparativas; incrementando la difusión de los conocimientos internacionales y estimulando una mayor eficiencia de las economías nacionales como resultado de la competencia internacional. La apertura comercial impulsa el crecimiento de manera directa, al influir en la asignación de recursos y la eficiencia, y de manera indirecta, al incrementar el rendimiento de las inversiones. Las normas y los compromisos en materia de liberalización del comercio que se han consagrado en el Acuerdo sobre la OMC crean un nuevo dinamismo gracias al aumento de las oportunidades comerciales. También aportan una nueva estabilidad, mediante el reforzamiento del imperio del derecho en la esfera del comercio internacional.

Todos los países del mundo, y en particular los principales exportadores, como Alemania -cuyo comercio ocupa el segundo lugar entre todos los países del mundo- obtienen muchos más beneficios de un sistema de comercio abierto y estable que de uno cerrado. Un entorno internacional estable resulta decisivo para el crecimiento económico. El comercio y las inversiones dependen en gran medida de la existencia de normas multilaterales claras que ayuden a garantizar al sector empresarial un entorno equitativo para sus actividades.

Hay, sin embargo, un reto sobre el que los gobiernos deben reflexionar. En el mercado mundial que está en vías de constituirse, la competencia será sin duda intensa. Las empresas establecidas deberán competir con nuevos participantes. Se hará un mayor hincapié en la investigación y desarrollo, la innovación en materia de productos y el control de los costos, lo que a su vez impulsará las perspectivas de crecimiento. Las empresas que tengan éxito generarán empleo y mejorarán las perspectivas de carrera de sus empleados. Sin embargo, es muy posible que algunas empresas carezcan de capacidad para adaptarse. La continuación de su existencia, ya precaria en el mercado nacional, puede resultar insostenible a largo plazo frente al incremento de la competencia extranjera. Es posible que estas empresas se dirijan a sus gobiernos para solicitar medidas destinadas a paliar los efectos de las importaciones, o bien subvenciones u otras formas de asistencia.

El dilema que plantea esta situación para la adopción de políticas se puede resumir así: demorar el reajuste, obteniendo quizá beneficios políticos a corto plazo, o bien propiciar el reajuste. El retraso del reajuste facilita el proteccionismo, primero en el propio país y después en el extranjero, sofocando progresivamente las posibilidades de un comercio mutuamente beneficioso.

Para conseguir que el comercio sea el motor del crecimiento mundial en el próximo decenio, todas las partes deben cooperar a fin de mantener estos mercados más abiertos y seguros que ha costado tanto conseguir por medio de la Ronda Uruguay. Los problemas que plantea el reajuste se deben afrontar mediante políticas destinadas a facilitarlos en lugar de impedirlos, y se debe dar prioridad al mantenimiento del impulso de la economía mundial a largo plazo, prosiguiendo el proceso de liberalización económica y comercial.

CONTINÚA

Un caso digno de mención es el acuerdo celebrado entre la CE y el Japón, que se ha denominado "consenso", sobre el comercio de automóviles, cuyo plazo vence a fines de 1999. El objetivo expreso de este acuerdo es facilitar el reajuste estructural de la industria de la CE. Los compromisos multilaterales adoptados en la Ronda Uruguay, en particular en materia de salvaguardias, requerirán, para lograr un comercio más libre en la economía mundial, la apertura a la competencia internacional. No cabe mantener la ilusión de que Europa podrá mantener cerrado para siempre este importante sector. Todas las restricciones deberán terminar a fines de 1999. Con arreglo al Acuerdo sobre Salvaguardias de la OMC, todas las medidas de zona gris deben eliminarse antes de esta fecha.

Sin embargo, no debemos engañarnos: las presiones existentes en favor del proteccionismo en los países desarrollados pueden intensificarse a medida que se materialicen las reducciones de los obstáculos al comercio acordadas en la Ronda Uruguay.

En algunos países aún hay voces que postulan el proteccionismo, como parte de un intento generalizado de mantenerse al margen de un mundo nuevo y exigente. Ante los elevados niveles de desempleo, los llamamientos contra la presencia de productos extranjeros más baratos en los estantes de los supermercados y en favor de que los contribuyentes ayuden a los exportadores a competir pueden parecer un método atractivo para solucionar los problemas. En realidad son una trampa. La resistencia al reajuste empobrecerá a nuestras sociedades en lugar de establecer los cimientos para la creación de nuevos empleos bien remunerados. Para que en toda la sociedad existan niveles de vida elevados, lo que se necesita realmente es un crecimiento económico firme, real y no inflacionario. Esto se conseguirá mejorando la productividad y compitiendo abiertamente para lograr una cuota mayor en el mercado mundial.

El proteccionismo es insidioso; es una amenaza constante para la liberalización del comercio. Los partidarios del proteccionismo atribuyen los males sociales de Occidente al comercio abierto con economías en desarrollo y de bajos salarios. De ahí que el clamor en favor del proteccionismo sea más ruidoso cuando el desempleo aumenta y las presiones en favor del reajuste económico se hacen más pronunciadas. Para combatirlo necesitamos mantener una vigilancia constante.

Una gran parte de los argumentos favorables al proteccionismo responde simplemente a la política de ciertos grupos de presión: son grupos bien organizados que temen perder una posición afianzada y a menudo privilegiada y desean obtener protección, con independencia de los intereses de los consumidores o del interés nacional. En materia de política comercial, demasiado a menudo los productores pesan más que los consumidores. Los beneficios de una restricción comercial se concentran generalmente en un grupo de productores relativamente pequeño, bien organizado y bien informado, mientras que sus costos se reparten habitualmente entre un grupo de consumidores amplio y difuso. En consecuencia, los beneficiarios de la restricción comercial son habitualmente mucho más eficaces políticamente que sus víctimas.

Las opiniones proteccionistas a menudo se nutren de informaciones erróneas en lo que respecta a los efectos de la liberalización del comercio sobre el empleo. De los hechos se deduce precisamente lo contrario. En los países del G7, la exportación de mercancías da empleo a casi 23 millones de personas, y la exportación de servicios, respecto de la cual no existen cifras fiables, emplea a un número muy superior. En Alemania, Francia, Italia y el Reino Unido los empleos que dependen de las exportaciones se estiman en aproximadamente 7 millones. Los gobiernos pueden tratar de preservar algunos empleos en industrias no competitivas mediante la aplicación de obstáculos al comercio, pero esto se conseguirá a expensas de empleos perdidos en los sectores exportadores eficientes. Los estudios indican asimismo que el costo anual que supone proteger un trabajo mediante obstáculos a la importación representa normalmente entre tres y ocho veces el salario anual de ese empleo.

CONTINÚA

Finalmente, cabe seriamente dudar de que los esfuerzos destinados a proteger las industrias no competitivas y sus empleos puedan tener un éxito duradero. La experiencia sugiere que las industrias protegidas no se adaptan con la rapidez suficiente y dependen cada vez más de una onerosa protección. La otra opción es que los países acepten que la liberalización del comercio puede estimular a las industrias ineficientes para que sean más competitivas y también puede crear empleos en las industrias de exportación más eficientes.

Un sistema de comercio abierto ayuda a la creación de empleo. El comercio crea empleos en el sector exportador y, mediante el aumento de los ingresos, en el conjunto de la economía. Por otra parte, los empleos del sector exportador tienen remuneraciones medias más elevadas que las de los empleos de los sectores poco eficientes que compiten con las importaciones (según estimaciones recientes, esta diferencia asciende al 17 por ciento en los Estados Unidos), ya que en general se trata de empleos más calificados.

La protección también reduce el empleo en las industrias no protegidas, aunque esta destrucción de empleo nunca aparece mencionada directamente en los informes. Es una falacia creer que los únicos efectos de la protección son los efectos visibles, es decir, los empleos aparentemente conservados en las industrias protegidas. Los empleos perdidos en otras industrias son tan reales como aquéllos. La protección aumenta los costos, reduce los salarios (porque grava a los consumidores) y disminuye el número de empleos en las industrias no protegidas.

Lo que es más decisivo, si los países limitan sus relaciones económicas con los exportadores y los importadores mundiales, limitan también sus posibilidades de crecimiento.

El comercio es vital para todos los países. Por ejemplo, en 1994 las exportaciones de mercancías de la Unión Europea ascendieron a 1,503 billones (1,5 millones de millones) de dólares y las importaciones a 1,525 billones. Aproximadamente el 42 por ciento de esas exportaciones estuvo destinada a países ajenos a la Unión Europea, y más del 40 por ciento de dichas importaciones procedía de países ajenos a la UE. Durante el período 1991-93, las exportaciones intracomunitarias se redujeron en un 5 por ciento, mientras que las exportaciones destinadas a América Latina, América del Norte, Europa Central y Oriental y Asia se incrementaron entre el 9 y el 23 por ciento. No cabe, pues, ninguna duda de que los mercados incipientes revisten gran importancia para la Unión Europea.

En el caso de Alemania, así como en el de la Unión Europea y el de todos los países del mundo, tanto las exportaciones como también las importaciones son una fuente de crecimiento económico. El comercio no es un juego de suma cero.

En realidad, durante mucho tiempo se ha sabido que la protección otorgada a algunas industrias, en la práctica, grava a los exportadores. Pero no sólo los exportadores resultan perjudicados, se trata de un precio que pagamos todos. La protección significa que todos perdemos ingresos. La protección reduce nuestros ingresos porque reduce las oportunidades. Esta pérdida es invisible; no aparece en la contabilidad nacional y éste es uno de los motivos que explica la difusión de los argumentos proteccionistas.

Existen también algunas consideraciones de carácter más general que rebaten categóricamente a quienes rechazan el mercado mundial. Un número cada vez mayor de países en desarrollo y de economías en transición han abierto sus economías o están aplicando medidas autónomas de liberalización del comercio. Estos países han comprendido que la apertura de sus regímenes comerciales es beneficiosa para sus propios intereses, y ahora desean participar en una economía de mercado internacional. Debemos facilitar y alentar su plena participación en el sistema multilateral de comercio. Si cerramos

CONTINÚA

nuestros mercados a sus productos, existe el riesgo de que los progresos que tanto les ha costado alcanzar se vean ahora erosionados. La estabilidad política de esos países también puede correr riesgos si no les permitimos que recojan los beneficios del incremento del comercio. Además, el crecimiento económico resulta decisivo para ayudar a la consolidación de estructuras políticas y económicas estables en las economías en transición, en particular algunos de los vecinos próximos de Alemania.

Por lo tanto, las consideraciones económicas y las políticas se suman para demostrar que la única opción racional es mantener e incrementar la apertura de nuestras economías. No es simplemente una opción inteligente: es la opción del interés propio bien entendido.

Los argumentos favorables a la apertura del comercio son, a mi juicio, irrefutables. Pero deseo ser muy claro: esta apertura no puede significar la ausencia de normas y disciplinas comerciales. Por el contrario, requiere para sobrevivir un sólido marco de normas y disciplinas aceptadas internacionalmente; sin ese marco, la apertura degeneraría en anarquía. La apertura del comercio debe significar el sometimiento de éste al imperio del derecho.

Por estas razones, la OMC y el sistema multilateral de comercio que ella consagra y administra revisten una importancia tan vital para el mundo. Este sistema constituye el único conjunto de normas de comercio convenidas de ámbito prácticamente mundial, y cuanto más carácter mundial tienen las economías, tanto más necesitan normas de alcance mundial. El notable logro de la Ronda Uruguay es haber establecido, en la OMC, el marco para garantizar que las normas comerciales y su eficacia puedan avanzar al mismo ritmo que la evolución de la economía mundial.

Hoy resulta evidente ya que se está produciendo un cambio fundamental en las políticas comerciales, de lo cuantitativo a lo cualitativo. Al mismo tiempo que los esfuerzos de las negociaciones del GATT, a lo largo de 50 años, para reducir los aranceles han resultado fructíferos, y que los países industrializados han reducido sus aranceles de un promedio superior al 40 por ciento a menos del 4 por ciento, otros factores que obstaculizan el comercio se han hecho más visibles.

La necesidad de elaborar normas para las inversiones internacionales y la política de competencia, por ejemplo, se hace más evidente a medida que las actividades comerciales se extienden cada vez más fuera de las fronteras nacionales o regionales. Lo mismo cabe decir del mejoramiento de la armonización multilateral o del reconocimiento mutuo de normas técnicas. En estas cuestiones, el sistema multilateral debe avanzar si desea mantenerse a la altura de los tiempos. Se trata de cuestiones que será muy oportuno examinar en la preparación de la primera Reunión Ministerial de la OMC, que se celebrará en Singapur en diciembre del año próximo.

Antes de dar por terminadas mis observaciones quiero llamar la atención, sin embargo, sobre las prioridades inmediatas a las que se enfrenta la OMC. El modo de manejarlas tendrá una profunda influencia en la configuración del nuevo sistema multilateral y en su capacidad para afrontar con éxito los retos de la economía mundial.

Más allá de las ventajas puramente económicas de los acuerdos de la Ronda Uruguay, es fundamental un cumplimiento eficaz de los compromisos asumidos con respecto a las nuevas normas y los nuevos procedimientos, especialmente los relativos a la solución de diferencias, que constituyen los cimientos jurídicos de todo el sistema. Las diferencias comerciales presentes y futuras deberían considerarse bajo esta óptica. Actualmente constituye una noticia destacada una de estas diferencias, la que opone a los Estados Unidos y el Japón. No quiero hacer ningún comentario particular sobre este caso, sino tan sólo observar que ambas partes han llevado el caso ante la OMC para dirimirlo, afirmando que respetarán sus decisiones.

CONTINÚA

Hablando en términos más generales, me gustaría subrayar que sería un error considerar la existencia de diferencias, aun de aquellas cuya solución es más dificultosa, como un fracaso del sistema. Por desgracia, ha habido disputas en el pasado y las habrá en el futuro, tanto en el comercio como en otras esferas de la vida. Esta es precisamente la razón por la que necesitamos un mecanismo de solución de diferencias, y por la que se ha reforzado este mecanismo en la Ronda Uruguay. La responsabilidad recae en los miembros del sistema, que deben utilizarlo adecuadamente y respetarlo; lo que está en juego es ante todo la fiabilidad de los compromisos que ellos mismos han contraído.

Hay también tareas inacabadas que deben completarse, como las negociaciones para liberalizar el acceso a los mercados en una serie de sectores de servicios. La más urgente es la relativa a los servicios financieros, donde las negociaciones deben terminar dentro de una semana justa, el 30 de junio. Quiero subrayar la importancia de lograr un buen resultado en estas negociaciones.

Se trata de la primera prueba importante del nuevo sistema y del compromiso contraído por sus miembros para hacerlo funcionar. Un fracaso en las negociaciones en torno a los servicios financieros perjudicaría sin duda las perspectivas de la OMC; a mi juicio, este riesgo supone una amenaza más seria para el sistema que la que pueden suponer las disputas bilaterales. Un fracaso en este terreno podría debilitar la aplicación generalizada del principio de nación más favorecida -en otras palabras, del principio de no discriminación- que ha sido la piedra angular del sistema del GATT y lo es actualmente de la OMC.

Cualquier marcha atrás hacia planteamientos bilaterales o discriminatorios en un sector tan importante para la futura salud económica tanto de los países industriales como de los países en desarrollo, equivaldría a una señal muy negativa para los gobiernos y los inversores. Además, un fracaso en las negociaciones sobre servicios financieros arrojaría una sombra perturbadora sobre las negociaciones en torno a las telecomunicaciones básicas, que deben concluir el año próximo.

Nadie puede tener interés en dejar que fracasen estas negociaciones, y por supuesto ni Alemania ni Europa. En las últimas semanas me he reunido con los gobiernos de muchos de los países implicados, desde Asia a los Estados Unidos, y les he instado a que muestren la flexibilidad y amplitud de visión necesarias para el éxito de su desenlace. Hoy reitero este llamamiento, sabiendo que en Alemania no caerá en oídos sordos.

En conclusión, déjenme formular el imperativo de liberalización en su perspectiva más amplia. Esta perspectiva debe ser dinámica, no estática, ya que el sistema multilateral está lejos de ser completo. He mencionado sectores que todavía están total o parcialmente fuera de él, pero hay también ciertos países que no han ingresado todavía en el sistema. Y mientras el sistema multilateral no sea completo -en otras palabras, mientras que la Organización Mundial del Comercio no sea una Organización Mundial del Comercio-, el mercado mundial no habrá llegado a su culminación. El reto consiste en incorporar al sistema los 25 países que han presentado su candidatura -entre los que figuran gigantes como China y Rusia- y luego ampliarlo hacia el número similar de candidatos potenciales que hay además de ellos.

Ésta será la prueba de fuego de nuestro compromiso con la libertad comercial. Equivale a lograr que estos países se sometan a los reglamentos y las disciplinas del sistema multilateral -con todas sus ventajas y sus obligaciones- como garantía de que sus mercados se abrirán y se mantendrán abiertos, lo que podría abrir una perspectiva de crecimiento sin precedentes, pero también, sin duda, plantear algunos desafíos importantes en la esfera del reajuste económico. Debemos estar preparados a afrontar

CONTINÚA

estos desafíos, porque la ampliación del sistema de la OMC es a la vez esencial e inevitable. La alternativa de mantener a estos países y sus enormes poblaciones fuera del mercado mundial y al margen de las normas multilaterales es inconcebible si se quiere mantener una visión racional del futuro. El mundo sería un lugar mucho más peligroso.

Si China o Rusia, por ejemplo, se mantuvieran fuera de la corriente principal del crecimiento económico y de las normas multilaterales, sería casi inevitable que se sintieran obligadas a usar su peso para extender unilateralmente su influencia. Las implicaciones de un hecho de esta índole serían considerables, y no apuntarían necesariamente hacia la constitución de un mundo más estable.

Estas cuestiones van mucho más allá de las particularidades de la política comercial o económica. En el mundo del siglo XXI, el acceso a las fuentes del crecimiento será una cuestión política fundamental que determinará en qué tipo de mundo vivirán los seres humanos. Recientemente en Asia un estadista respetado me dijo que las preocupaciones de los europeos por el empleo, por muy serias que sean sin lugar a dudas, tienen que ver esencialmente con el cambio tecnológico y la distribución de los recursos; mantener abiertos los mercados europeos, por otra parte, podría ser a la larga una cuestión de paz o de guerra.

Aquí en Alemania me viene a la memoria que, al final de la Segunda Guerra Mundial, nosotros los europeos nos enfrentábamos también con una opción histórica: seguir de nuevo el viejo esquema del equilibrio de poderes o poner unos nuevos cimientos para la seguridad y la paz a través de la integración de los mercados. Empezando con la apertura de nuestras fronteras a los bienes, y luego gradualmente a los servicios, al capital y a la mano de obra, hemos plasmado el sentido creciente de solidaridad europea que estaba en el centro mismo de la visión de hombres como Adenauer, De Gasperi, Monnet y Schuman. Sobre una base de libre mercado, tenemos ahora una Unión Europea que constituye un marco de cooperación seguro y estable.

A escala mundial, los problemas son obviamente más variados y difíciles que en Europa. Pero la lógica que debe guiarnos para edificar un mundo más pacífico y seguro debe seguir el mismo camino. No será fácil, pero el esfuerzo merece la pena.

FIN